

ciego les hace creer de buena fé que ni se hielan ni se abrasan.

Este relato lo debo al malogrado Murga que, en su afan de reconocer todo lo que en Marruecos existe, se dirigió á los citados baños, donde para no infundir sospechas, tuvo que bañarse con los demás; lo cual, unido á las malas aguas que allí existen, le produjo una disentería que puso en peligro su existencia.

*
**

En este país no se conocen las carreteras, puentes y canales; si alguno existe, débese á los romanos ó portugueses, y su estado es ruinoso. Los caminos se indican por sendas ó veredas que en primavera no se distinguen por hallarse cubiertas de hierba. Estas sendas están formadas por los camellos, animal muy útil que los moros designan con el nombre de *vapor del Garb* (ferro-carril del Garb) para indicar que sólo cuentan con aquel medio de locomocion. Su número es considerable y suficiente para atender á las necesidades del reducido comercio que con el interior existe; son muy sóbrios para alimentarse, condicion que les hace inestimables para atravesar extensas llanuras donde no se encuentra ni siquiera agua, en los dias más calurosos del verano, y además la carga que soportan regularmente es de seis quintales, para marchas de 60 á 100 leguas.

*
**

No existiendo en Marruecos registro civil, ni ningun dato estadístico, es muy difícil, ya que no imposible, fijar de una manera exacta su poblacion. Los datos que, segun mi parecer, se ajustan más á la verdad, son aquellos que calculan el número de sus habitantes en diez millones próximamente, incluyendo á los *moros, beréberes (amarcigas y shelojes), ára-*

37

bes, judíos y cristianos allí residentes; cuyo número no excederá de 2.000, á pesar de contar sólo la ciudad de Tánger unos 1.400.

Este imperio tiene una superficie total de 691.000 kilómetros cuadrados (1), poco más de una tercera parte mayor que España, distribuidos en la forma siguiente: la del reino de Fez, 138.000 kilómetros cuadrados; la de Marruecos 96.000; la de Sus 68.000; la de Daragh 129.000, y la de Taflete de 260.000.

No se crea que todo este territorio está sometido á la autoridad del sultan; en las provincias del Sur y Taflete, es insignificante el poder que tiene este soberano, y en las restantes hay kábilas enteras, generalmente las más pobladas, que ni le obedecen ni satisfacen los tributos é impuestos que debieran con arreglo á *las leyes del país* (2). Las kábilas de Zemur y Zair se encuentran en este número, y esta última ha sido objeto de diferentes ataques por las tropas del emperador, sin que jamás hayan conseguido dominarla. En su apoyo cuentan con la escabrosidad de sus dominios, infinitos bosques que protejen la ofensiva y defensiva y el valor de sus moradores.

En 1872 intentó Sid-Mohammud, antecesor y padre del actual sultan, someterlos á la obediencia, pero los 15.000 hombres que para este objeto llevaba, fueron insuficientes, limitándose por entónces á destruir cuanto á su paso encontró, privarles del ganado que no pudieron retirar al interior y hacerles unos cincuenta y tantos muertos, cuyas cabezas estuvieron colgadas en las puertas de las ciudades de Fez, Mequinez, Rabat y Marruecos, para que á todos llegase la noticia del triunfo de S. M. sobre aquellos desgraciados.

(1) Descripción y mapa de Marruecos por los Sres. Arteché y Coello.

(2) Entiéndase por ley todo cuanto el sultan á capricho dispone.

En resúmen, el territorio verdaderamente sometido á la autoridad del Emperador, no excederá de 200.000 kilómetros cuadrados, con una poblacion de tres millones y medio de habitantes, comprendiendo siempre á los judios, en número de 300.000 por lo ménos, cuya sumision pacífica no debe ponerse en duda por quien conozca los rasgos que caracterizan á esta raza.

*
**

Por causas que no es mi objeto indagar, han existido en Marruecos un número considerable de renegados, en su inmensa mayoría españoles, que procedían de los presidios de Africa ó desertores de las filas de nuestro ejército.

Los sultanes tienen mucho que agradecer á los renegados por los grandes servicios que les han prestado; la sumision de algunas kábilas ha sido debida en muchas ocasiones á esta gente que, como no tenían nada que perder y mucho que ganar, se han batido bizarramente, poniendo en práctica algunos principios tácticos que les proporcionaron inmensos resultados entre aquellos ignorantes, que desconocen por completo los principios en que se fundan las reglas del arte de la guerra.

En los tiempos en que Murga hizo su primera excursion por aquel imperio (año de 1863) hacía subir el número de renegados á unos trescientos. Hoy puede asegurarse que sólo quedarán la décima parte. Algunos de entre estos son muy atendidos, y áun queridos habiendo llegado á adquirir algunos bienes que les asegura, en todo lo que puede confiarse en la seguridad de la hacienda en aquel país, medios más que suficientes para atender á las necesidades de la vida. Conozco uno, condenado á cadena perpétua, cuya conducta es irreprochable; apadrinado por un afamado gobernador, vive muy apreciado áun por las mis-

mas autoridades españolas que procuran desconocer su pasado, para no aumentar nuestros presidios con un hombre que, si bien ha sido criminal, ha sufrido ya mucho y se ha hecho acreedor á la clemencia de los demás.

Murga, que ha estudiado detenidamente la vida y costumbres de estos desgraciados, cuenta entre otras cosas lo siguiente:

«Los renegados es gente obligada á que se acude siempre en todo lance apurado y árdua empresa; pues los moros, aunque nunca lo confiesan, encuentran siempre en ellos más energía, iniciativa y fuerza de invencion.

»Entre los muchos casos, que pudiera narrar en prueba de ello, citaré uno tan sólo que, por lo original y estrafalario, valdrá por otros mil y dará prueba del cómo andan las cosas de un imperio que, hallándose á las puertas de la Europa, es ménos conocido que el Celeste.

»A principios de 1864, Sir Moses Montefiore, ciudadano que pasa en Inglaterra por uno de los hombres más ricos é influyentes de la raza de Israel, se vino á Berbería y suplicó al sultan acogiese á los judíos en la ley comun y les diese los mismos derechos que al resto de sus súbditos musulmanes. Sid Mohammed, que sabía que nada aventuraba, no anduvo muy reacio en concederlo; mas si el sultan lo hizo, es bien seguro que pasarán muchos años, quizás siglos, ántes de que la concesion sea verdad y que los súbditos y autoridades berberíscas acaten esta ley.

»Como es uso y costumbre en Berbería, y máxime con petición tan especiosa, sir Moses Montefiore fué bien provisto de duros y regalos.

»Figuraba entre estos, como pieza de bulto y aparato, un ancho cabriolé de cuatro ruedas, de una forma vetusta y desusada, forrado de terciopelo verde pintado del mismo color y colgado en sopandas ji-

»gantescas. Tal que no podía disimular al ojo ménos
»conocedor de un europeo, era uno de tantos arma-
»tostes que, sin que su origen sea conocido y apénas
»se comprende el cómo pudiera aparecer en tales si-
»tios, esperan con paciencia en los talleres el que les
»llegue la hora del destrozo y pasen á servir de com-
»bustible.

»A este fin, se encontraba destinado en uno de los
»talleres de Marsella, el cabriolé de la presente histo-
»ria, cuando por un capricho de la suerte se cambió
»su destino, y despues de bien limpio y retocado, se
»le juzgó ser un regalo digno nada ménos que de un
»Emperador.

»Guardóse éste los duros, y el cabriolé como que
»no era cosa tan manuable lo encaminó á Rabat á
»su palacio; y allí estuvo de espera hasta que por Oc-
»tubre ó Noviembre de aquel año, llegó allí á descan-
»sar con sus soldados de las atrocidades inauditas
»con que, á su paso, ensangrentó el territorio de
»Shawia.

»Ocurriósele un viernes (día en que el sultan se
»deja ver en público yendo á hacer oración en la mez-
»quita), que debía ir en coche y dió la orden para que
»lo preparasen al momento. Allí fué ella: nadie ha-
»bía pensado en el vehículo, y lo que es peor, nadie
»se creía capaz de poder ejecutar aquel mandato.
»La situacion, por tanto, era apurada; la hora de ir
»á la mezquita se acercaba y con ella aumentaba
»el temor de los efectos del disgusto y enfado del
»sultan.

»En tan terrible y apurado trance, acudióse cual
»siempre, á los renegados; y no uno, sino todos, se
»brindaron á hacer en el momento tamaña habilidad;
»todos habían sido del oficio y no había uno sólo que
»no hubiese guiado mil cuarruajes y sido automedon
»de algun obispo.

»El júbilo y la tranquilidad renacieron en los atri-
»bulados corazones de los ministros de Sid Moham-

»med y los renegados, con amplias facultades para ello, se pusieron con ardor á la tarea.

»Esta no fué larga ni difícil.

»Dos malas mulas de los equipajes, flacas, macilentas y cubierto su lomo de señales de grandes mataduras, vistieron los flamantes atalajes (de color avellana) y, con ayuda de palos y golpes, tales y tan domadas las pusieron, que no había que temer se desbocasen ni hicieran algun mal desaguisado. Tan mohinas y cabizbajas se encontraban, que no cabía duda de que, una vez enganchadas al carruaje, no tan sólo no habían de poder arrastrar aquel vehículo, sino que habíase de menester tirasen de ellas, como así sucedió.

»Entre tanto, llegó la hora fatal; abriéronse las puertas del palacio; los moros inclinaron la cabeza y el sultan, invocando el nombre de Dios en el fondo de su alma, se arrellanó con tiento en aquel coche de gran ceremonia, conociéndose bien en su semblante la conmocion y sorpresa que recibió al balancearse en el estribo.

»Dióse la señal de marcha; sonaron las dulzainas y atabales; tocó la música la marcha real española; tronó el cañon; el Almuedano llamó á los creyentes á la mezquita; y dos robustos negros, improvisados palafraneros, empezaron á tirar con toda su fuerza de aquellos animales que no querían arrancar de modo alguno. Acuden en tropel nuevos palafraneros; acércanse á las mulas, y á fuerza de pincharles la barriga y de dar empujones al carruaje, consiguen á duras penas que llegue á ponerse en movimiento. Las veces que pararon desde la puerta del palacio á la mezquita (una distancia de 500 metros) y las escenas á que dieron lugar estas paradas, pueden dejarse á juicio del lector.

»Yo que, como buen mulsuman, mostraban un gran respeto y esperaba el momento de entrar en la mezquita, confundido con aquella multitud, hacía no

»pequeños esfuerzos para no soltar una soberbia carcajada. Carcajada que allí hubiera podido tener un buen resultado; pero que, de este lado del Estrecho hubiera quedado confundida con la tremenda silba, á la que era bien merecedora aquella escena.»

Ha sido creencia general de que todo europeo, y por lo tanto, todo renegado, adquiere por intuición la ciencia médica; con este diploma han abusado muchos de la ignorancia de aquella gente, hasta el punto de que hoy, cuando acuden á un médico verdadero, no quieren pagarle si no consiguen la curación de la enfermedad que padecen.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

Los moros.—Arabes.—Beréberes.—Negros.—La religion de Mahoma.—Isauas y Jamachas.—Su literatura y artes.

Con el nombre de *moros* se distinguen generalmente en España á todos los habitantes del continente africano, y áun abraza esta denominacion á otros pueblos situados en regiones más apartadas de Europa. Pero si de tiempos muy antiguos viene designándoseles de esta suerte, es preciso hacer una distincion para diferenciarlos de los que, áun siguiendo la misma religion y parte de sus costumbres, tienen un origen muy diferente y conservan hoy dia rasgos característicos propios de su exclusiva raza. Además, los musulmanes propiamente moros están en inmensa minoría, y su número, muy pequeño con relacion al de los restantes, tiende á su desaparicion completa.

Sin remontarnos á los tiempos primitivos y tomando las cosas tal cual los romanos nos las dejaron, despues de la célebre batalla de Zama y destruccion de Cartago (hoy Túnez), observamos que ya por entónces los vencidos llamaban *Mauri* (Occidental), á las gentes que allí habitaban; y tomando los árabes esta palabra, la tradujeron á su idioma designando con el nombre de *Garb* todo el territorio ántes conocido por la Mauritania.

Posteriormente invadieron esta parte de Africa los vándalos y greco-romanos, siendo conocidos estos últimos y los cristianos con el nombre de *rumi*, que áun conservan y que los indígenas aplican general-

mente á todo europeo que viaja por su país; y con el de *berabar* á los *mauri*. En este estado trascurrieron muchos años en continuas luchas, gobernados unas veces por políticos profundos y sagaces, otras por astutos guerreros, y las más por gente ambiciosa que fué el origen del principio de su decadencia.

Cuando Tarik y luego Muza, desembarcaron en España, merced á la proteccion del famoso Conde don Julian y demás cómplices, y tan rápidamente se extendieron por los fértiles campos de Andalucía y otras comarcas, consecuencia lógica y natural de los escasos medios de resistencia que ofrecian nuestros pueblos y costas por nuestro proverbial abandono, los españoles los llamaron *Mauros*, como procedentes de la mauritania, sin tener en cuenta la diversidad de razas que entre ellos existian, y los distintos nombres con que desde muy antiguo habian sido conocidas. Esta palabra ha venido sufriendo una série de transformaciones, segun las gentes que la pronunciaban, hasta quedar convertida en moros.

Este es, á nuestro entender, el verdadero origen y etimología de la voz *moro*, descrita por diferentes historiadores, así nacionales como mahometanos, y en cuya descripción, aunque sucede raras veces, se hallan todos conformes.

Los moros, pues, son en su mayoría descendientes de los sarracenos, que por espacio de ocho siglos habitaron nuestra Península, viniendo á confirmar esta creencia los muchos apellidos comunes en ambos pueblos, y los innumerables moros que aún conservan las llaves de las casas que sus antepasados habitaron en España, en la ilusoria esperanza de que algun dia puedan recuperar, con la ayuda del Profeta, la pátria é intereses que perdieron y resarcirse de las vejaciones que han sufrido en cumplimiento de inhumanos decretos, que sólo pueden inspirar el fanatismo ciego y la intolerancia religiosa.

Esta raza que en Marruecos habita única y exclu-

sivamente las ciudades, no ha hecho absolutamente nada que tienda á mejorar su actual situacion, en extremo desgraciada, y dar mayor desarrollo y engrandecimiento á su dominio, á pesar de desempeñar desde muy antiguo los principales puestos oficiales de aquel imperio. Por el contrario, su decadencia es demasiado notoria, y si alguna vez quisiera impnerse á las demás que pueblan tan hermosos como feracísimos lugares, la victoria se inclinaria á favor de los árabes y beréberes, quienes prefieren la vida libre y laboriosa del campo ó las montañas, á la indolente y afeminada de las ciudades. La preponderancia ó fuerza moral que aún conserva desaparecerá irremisiblemente en un plazo más ó ménos breve, cuando con los adelantos de la civilizacion el sultan deje de ser temido como descendiente del Profeta, y se le considere como á un hombre semejante, en sus condiciones físicas y morales, á otro cualquiera de la raza humana.

Son los moros, sin duda alguna, los que reúnen la ciencia y mayor ilustracion de aquel país; de entre ellos salen los *Tolbas* (letrados), *Fekis* (jurisconsultos), *Kadis* (jueces), *Adules* (notarios), *Amines* (administradores) y buena parte de los *Bajaes* que gobiernan las ciudades y kábilas. Poseen riquezas que no disfrutan, siempre por el temor á la desmesurada codicia del sultan y son los que hacen el comercio con Europa, especialmente con Francia é Inglaterra; países que muchos han visitado obligados por sus transacciones comerciales, pero cuidan con gran esmero de emitir sus opiniones respecto al estado de cultura y civilizacion de los pueblos por ellos recorridos para no merecer el ódio y desconfianza de los demás creyentes fanáticos.

Para neutralizar las impresiones que nuestros adelantos les producen, suélen generalmente atribuirlos al trato y gran intimidad que con los espíritus malignos tienen los cristianos, quienes en compensacion de

los beneficios que en la tierra disfrutaban, sufrirán en la otra vida los más crueles tormentos. De este modo queda satisfecha la envidia que los domina, y aún se enorgullecen de hallarse á igual altura de ilustracion que los pueblos primitivos.

Ningun vestigio ni recuerdo les queda de su antiguo esplendor y poderío; pues si bien he oido asegurar, y tengo por cierto, que aún conservan en inmensas bibliotecas gran cantidad de volúmenes, que pudieron librarse de las llamas á que los condenó el fanatismo, me ha sido imposible tener la dicha de verlos, aunque para ello hubiera necesitado separar la espesa capa de polvo que, segun referencias, los cubre en olvidadas mezquitas. Los edificios que aún conservan algunos restos de la afamada arquitectura árabe, se hallan en completa ruina, y los construidos últimamente sólo dejan comprender al observador el estado en que ha degenerado el arte que ha hecho de muchas ciudades la admiracion y codicia de todos los pueblos.

Careciendo este país de universidades y centro alguno de instruccion, la enseñanza está limitada á las primeras letras que aprenden los niños en unas reducidas y súcias escuelas, llamadas *Mesidas*, donde un *Taleb* cuida de escribirles en una tabla barnizada uno ó más versículos del Korán, segun el mayor ó menor adelanto de los discípulos; y todos en voz alta los repiten infinitas veces, incluso el profesor, acompañando á tan estrepitosa gritería un movimiento de vaiven que marearía seguramente á todo aquel que no haya nacido entre los creyentes.

Los muebles de estas escuelas se reducen á una mala estera de las que se confeccionan en el país, colocada en el suelo y alrededor de las paredes hasta un metro próximamente de altura; un cajoncito de madera donde el profesor guarda los libros y papeles, un tintero y algunas plumas de caña, que son las únicas que los musulmanes emplean, y sin las cuales

no es posible imitar el verdadero carácter de la letra árabe.

Cuando un discípulo consigue saber el Korán de memoria, ha llegado á poseer el mayor grado de instruccion, y su familia celebra tan fausto acontecimiento con grandes fiestas y regocijós; entre los cuales sobresalen el de pasear por las calles más céntricas de la ciudad al afortunado jóven, montado en el mejor caballo que se encuentra y que generalmente lo posee el gobernador, quien lo cede generosamente, para este acto, enjaezado con todo lo mejor de que dispone. A ambos costados van dos moros con pañuelos de seda que pasan alternativamente por la cara y cabeza del grave y ufano discípulo, en ademan de quitarle las moscas. Detrás sigue un numeroso cortejo compuesto de la familia y amigos del obsequiado, amenizando el acto una infernal música de dulzainas y atabales.

La enseñanza, por lo tanto, no conoce los años académicos ni tampoco pierden nunca la cuenta de las asignaturas que han de estudiar. Una vez aprendido de memoria el Korán, lo cual consiguen los mejores dotados de esta facultad intelectual en cinco ó seis años, se consideran suficientemente instruidos y abandonan para siempre las áulas y se dedican á otro género de ocupaciones. Sin embargo, en esto como en todo, hay sus excepciones, tan raras como honrosas, y el discípulo aplicado suele recorrer los pueblos donde, segun sus noticias, existen hombres letrados, cuya vida de anacoretas les ha hecho conocer los principales autores árabes, de tan grande como merecida fama. Estos sábios, que generalmente tienen la miseria por patrimonio y compañera inseparable de su existencia, reciben con afabilidad y cariño á cuantos llegan á sus casas ávidos de ensanchar sus conocimientos, y no escatiman medio alguno con objeto de que sus pupilos obtengan el mayor resultado de sus sacrificios, para la mayor gloria de Dios y del Profeta.

Aunque estos conocimientos no proporcionan grandes ventajas para la vida material, y, por el contrario, casi se puede asegurar que la mayoría de los que se han dedicado al estudio han vivido siempre de la limosna de sus compatriotas, es preciso confesar que esta virtud la ejercen con mano pródiga en algunas ocasiones, prefiriendo la que no se pide porque Al-lah la recomienda, y que disfrutan de grandes consideraciones y preeminencias de todas las clases de la sociedad.

*
**

Al repugnante sistema de gobierno que les rige, se deben en gran parte los defectos de que adolece esta raza entre los cuales descuella la más refinada hipocresía y la desconfianza completa de cuantos le rodean, pero especialmente si estos son hebreos ó cristianos. Las continuas persecuciones que han sufrido autorizan á creer también que estos defectos son producidos por una larga y desgraciada experiencia, en la cual los tormentos y sinsabores se han sucedido sin interrupción; y avaros de sus bienes procuran ocultar con el mayor esmero el sitio donde los tienen sepultados para evitar las funestas consecuencias de una usurpación segura, pues aquel que hace alarde de sus bienes, tarde ó temprano sufrirá la más encarnizada de las persecuciones por las autoridades de tan magnánimo emperador y se verá expuesto á todo género de atropellos.

Existen en Berberia un número considerable de monedas de plata de cinco pesetas que datan de tiempos de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, y otro, también respetable, de onzas de oro, de igual fecha ó anteriores, completamente cubiertas por una capa mohosa: estas monedas prueban la exactitud de los que afirman que en Marruecos se suele enterrar mucho dinero, y lo que es peor, que por regla general sus dueños no descubren ya el depósito ni aún en la

hora de la muerte por temor de que la menor indiscrecion, cometida por sus hijos, pueda ser la causa de horribles castigos y sufrimientos. Por esta razon, sólo á los cristianos y judíos dan esta clase de moneda, porque si el Kaid se enterase le exigiría minuciosos detalles del sitio en que tenía escondido su capital, concluyendo por apoderarse de él y reducir al dueño á prision por si á fuerza de amenazas lograba hacerle confesar algun nuevo depósito.

Además de esa desconfianza sin limites más ó ménos fundada, son gentes que no tienen el menor apego ni cariño á sus familias, conciudadanos y ciudades donde habitan. En diferentes ocasiones han visto atacadas sus moradas sin oponer la menor resistencia, y su timidez ó rebajamiento de carácter les ha hecho negar el apoyo solicitado por algunos de sus compañeros de infortunio cuando se han visto batidos y maltratados por sus enemigos.

Si no muy digno, es por lo ménos muy cómodo, y dá pruebas de poseer la filosofia más refinada de la vida, el encomendar á Dios que castigue á los que nos han ofendido ó maltratado; y este precepto que corresponde siempre aplicar al mas débil, lo emplean ellos con demasiada frecuencia, y en la confianza de sus creencias religiosas descansan y tienen por seguro que aún obtendrán su recompensa en la tierra, por que Al-lah tiene en mucha estima los siervos obedientes y que se conforman con todo lo que *El ha escrito*. Si en las guerras contra los cristianos se alistán la mayor parte, no todas como sucede entre las árabes, para batir á los infieles, en esta raza, mas que el amor pátrio les incita al combate el temor de que el Profeta no les dé en el Cielo la misma recompensa que á los que mueren por la causa santa. En una palabra, son tiranos y crueles con el débil y egoistas hasta la exageracion.

Todos los sultanes han gobernado, gobiernan y piensan gobernar en lo sucesivo, teniendo por norma

el gran principio de que cuanto más pobre es un pueblo menos medios y deseos tiene de sublevarse; y como á este principio obedecen tambien todas las autoridades subordinadas de S. M. Sherifiana, parecia que siendo los moros los que desempeñan estos cargos en la mayoría de los casos, en ellos debía residir el poder, la fuerza y la preponderancia entre las diferentes razas de esta parte del continente africano. Esto no acontece mas que en las ciudades, pues como los demás sólo obedecen al sultan para pagarle los tributos, su vida es independiente, y entre unos y otros procuran evitar el trato ni unirse con lazos de parentesco: tal es el odio que entre sí se profesan. Fundados en estas razones, creo que no es aventurado asegurar que la situacion de aquel imperio está sostenida por un ciego fanatismo religioso, y la falta de union ó armonía entre las razas que habitan el Magreb.

Los moros son de mediana estatura, sueltos y bien formados. En la edad madura, por efecto de la vida inactiva é indolente, adquieren, así hombres como mujeres, cierta crasitud, condicion casi indispensable en esta última para reunir mayor grado de belleza, lo cual está en relacion de su gordura, segun el gusto de los musulmanes. Uno y otro sexo ostentan rasgos de fisonomía muy expresivos, ojos negros hermosos, blanca y regular dentadura, y un color que participa de todos los tintes, desde el albor más sin mancha, hasta el moreno más atezado, nacida tal variedad del comercio que tienen los moros con mujeres de todos colores.

Su traje, al parecer molesto, es vistoso y muy pintoresco, y el modo airoso con que los llevan dá una idea de ellos muy superior de lo que en realidad se merecen. Es el más completo de los que usan los habitantes de Berbería, y exclusivo para los que residen

en las ciudades. Consiste primeramente en camisa de mangas perdidas, y calzones ó zaragüelles mas amplios todavía, sobre la cual viene una túnica tomada con botones de seda por el pecho y muñeca, cuyo color varia entre el azul, amarillo, anaranjado, rojo y algun otro, á lo cual añaden fajas ó ceñidores de varios colores. Algunos suelen llevar debajo de esta prenda el *Djabador* y *bedeia* (chaleco y chaqueta). Sobre este traje campea el airoso *jaique* que las más veces es de lana blanca muy fina, algodón ó seda, y á manera de capa usan el *Suljam* con su correspondiente capucha y borla de seda, de color por lo regular azul oscuro y de paño ligero ó casemir. En la cabeza llevan el gorro encarnado con su borla de seda, tambien azul; y los casados usan el famoso turbante, cuyas dimensiones varían segun el gusto de cada cual. El calzado lo componen las babuchas amarillas de badana, sin tacon, y en la estacion más fria les está permitido usar calcetines de lana.

Además, las gentes acomodadas llevan siempre debajo del brazo la *leba*, que consiste en una bayeta de lana, de unos dos centímetros de espesor, y que plegada en varios dobleces, les sirve de silla ó asiento, y extendida la colocan en el suelo y sobre ella hacen las oraciones, bien en sus casas, tiendas, oficinas ó en el campo. Pudiera, pues, decirse, que el moro decente lleva siempre consigo su asiento ó silla; mueble este último cuyo uso desconocen los creyentes.

* * *

Sus casas, de aspecto sombrío y muy súcias esteriormente, tienen tambien un sello característico, que las distingue de todas las restantes. Exentas de toda clase de balcones y ventanas, sólo por excepcion se encuentran algunas con celosías en sus muros; y sus puertas, en extremo pequeñas, dan paso primeramente, á una galería en zig-zag cuyo objeto es servir de espera á las personas que vayan á visitar al dueño

de la casa, mientras las mujeres propias ó ajenas, se retiran á las habitaciones más escondidas donde no puedan ser vistas. Esta prohibicion, impuesta por el Profeta (siempre á nombre de Dios) es de tal importancia, que si un moro se presenta ante el Kadi y declara que *un hombre ha visto* á su mujer, es causa suficiente para quedar divorciado al instante, ó como dirían en el país, *para darle la carta*, siempre que presente las pruebas que corroboren su declaracion, y con facultades para volverse á casar en seguida, si encuentra mujer, lo cual no es tampoco tan difícil en Marruecos como en cualquier otra nacion que pertenezca al mundo civilizado.

Una vez conseguida la autorizacion indispensable, se encuentra el observador en un pátio, por regla general cuadrado, con una habitacion en cada lado del mismo, de dimensiones varias en longitud; pero casi siempre de dos metros y medio próximamente de anchura. En el centro del pátio, que suele estar embaldosado y lleno de azulejos, hay una fuente ó pozo y en algunos una higuera. Cuatro columnas de piedra, mamposteria ó maderas sostienen el corredor del piso principal y único, con igual número de habitaciones que el bajo.

Estas habitaciones están muy adornadas y cuajadas, por decirlo así, de toda clase de objetos. A los extremos, en sentido de su longitud, se encuentran cuatro mullidas camas en forma de escalones dos á ambos lados con buenos colchones y adornadas con colchas y cortinajes de damasco y seda; el suelo está cubierto de riquísimas alfombras que se construyen en el país, y todo alrededor se colocan unas colchonetas forradas de muselina y cojines de paño y seda de varios colores donde el moro se recuesta indolentemente tomando té con ambar, por lo general, en unos pocillos de china ó excelente porcelana, que colocan en unos estantes muy bien labrados y pintados, que completan el adorno de su alcoba. Algu-

nos tienen colgadas en la pared espingardas, gummies y diferentes armas blancas, con varias cornisas y rinconeras donde se ven escritos en grandes caracteres dorados algunos versículos del Korán. Las cortinas son siempre de seda ó damasco, de colores muy subidos y cubiertas con riquísimas muselinas, lo cual les dá un aspecto raro pero agradable.

Esta ligera descripción podrá dar una idea aproximada de lo que son en Berbería los *calabozos de las mujeres*; pues estas no pueden salir de sus casas desde que llegan á los diez ó doce años, edad en que por lo general se casan, á no ser muy de madrugada para ir al baño acompañadas de una esclava. Las mujeres árabes arrastran una vida tan triste y sedentaria, que sólo las que nacen en aquel hermoso suelo pueden resignarse á sufrirla con paciencia. Esclava de su marido, quien generalmente la considera como un mueble que se puede fácilmente reponer cuando su uso no ofrece ventajas, sólo ambicionan tener muchos hijos para gozar de las consideraciones que sus consortes les prodigan en este caso. A pesar de que el tipo de la mora se aproxima á la perfección de la hermosura, abusan excesivamente de la pintura para agrandar y ser más atendidas. Las cejas, pestañas, labios, mejillas, dedos, uñas y piés, se ven siempre cubiertos de tintes negros, encarnados, azules y amarillos. Este último color lo emplean para los dedos de las manos y las uñas y lo obtienen con una raíz llamada *alheña*. Las delgadas se ceban con carnes y diferentes clases de pasta á fin de adquirir la gordura indispensable para considerarse hermosas, llegando á abusar de tal suerte que recuerdo haber visto una mujer tan sumamente gruesa que no podía permanecer de pié más de cinco minutos.

Esta crasitud y otros abusos, determinan una vejez muy prematura, hasta el punto que la mujer de 30 años es considerada como una anciana á quien sólo se le guardan aquellas consideraciones que nacen de

un buen recuerdo. Las excepciones, si bien existen, están en inmensa minoría, y lo que sí se verifica con frecuencia, es que el moro no tenga más que una mujer legítima, en vez de cuatro que les concede su religión, y algunas esclavas concubinas si tiene medios de adquirirlas.

Tampoco la vida del moro tiene atractivo alguno, y su monotonía es inalterable por grandes ó contrarios que sean los acontecimientos que le sucedan. Las horas del trabajo son pocas, pues á cada paso lo interrumpen para asistir á la mezquita á hacer sus oraciones. No conociendo los placeres del estudio, del trato familiar, ni el recreo de los espectáculos públicos, necesitan algun medio en que invertir el tiempo y se lanzan desesperadamente en la voluptuosidad, la ambicion, la venganza y la avaricia, que son sus inclinaciones favoritas.

Como tampoco pueden hacer alarde ni gozar de sus riquezas sin excitar la codicia de sus amos y verdugos, su gran expansion es poseer una buena mula, una huerta donde por las mañanas muy temprano y por la tarde, despues de los rezos y abluciones, se reúnen varios amigos para departir un instante; pero siempre con la seriedad y comedimiento que dan la medida de su hipocresia y falta de sinceridad en todos sus actos.

Arabes.

La historia de los árabes se remonta á los tiempos primitivos; y, segun los diversos historiadores que se han ocupado de ella, atribúyese su origen á Agar, esclava de Abraham, quien dió á este un hijo llamado Ismael, el cual unido á una mujer egipcia con quien tuvo doce hijos, llegó á alcanzar una posteridad muy numerosa en los 137 años que vivió.

No es posible dar entero crédito al sueño de Agar en que, segun algunos, le revelaron que su hijo sería el tronco de una nacion poderosa; que él y sus descendientes vivirían en una especie de enemistad con el género humano y que á pesar de esto, jamás estarían sujetos á una potencia extranjera. Pero si esta revelacion no ha existido, por lo ménos hay que conceder que se cumplió todo cuanto se predijo, quien seguramente lo diría despues de acontecido; y como consecuencia natural, esta raza especial sigue todavía las mismas costumbres que sus antepasados á quienes copian con gran exactitud, porque las huestes de Ismael en nada se diferenciarían de las que hoy habitan gran parte del territorio de S. M. sherifiana.

La peregrinacion de los árabes por el desierto, donde sufrieron las fatigas y necesidades propias de su precaria situacion, fué la consecuencia del milagroso parto de Sarah, verificado cuando contaba 90 años, mujer legitima de Abraham, la cual exigió y obtuvo de este, bien á su pesar, la expulsion de Agar y su hijo.

Los descendientes de Ismael formaron la célebre tribu de Koreich, de la cual habla siempre Mahoma con gran veneracion y respeto; y erigiéndose en un pueblo libre é independiente se multiplicaron con prodigiosa rapidez, haciéndose dueños en poco tiempo de toda la Arabia y otros puntos, hasta entónces sólo habitados por las fieras.

De entre estas gentes nació Mahoma, y bien conocidas son de todos la preponderancia y dominio que ejerció esta raza en la Edad Media, por sus raras dotes para el mando y conquista de un pueblo. A ellos se atribuye que fueron los primeros en proclamar el derecho de gentes y la fiel observancia de las capitulaciones que estipulaban con todos los pueblos que quedaron bajo su dominio, y así lo atestigua su historia en todas partes. Tambien se debe á ellos el gran principio de que dos naciones pueden hacerse la guerra sin que por ello cesen las transacciones comerciales